

El viento ya otra vez al agua llama
La armada puesta á punto de partida,
Ya desde la crujía el cañon brama,
Atrayendo la gente divertida;
La sonora trompeta recio clama
A dejar la ribera conocida,
Embárcase el caudillo señalado,
De toda la nobleza acompañado.

De un sexo y otro acude toda cuanta
Gente en la egregia Nápoles habita,
A ver de Carlos la hermosa planta
Que á su pesar de cara se les quita;
No hay corazón que allí no se quebranta:
Tanto su estrella próspera y bendita
Desde la cuna hizo ser amable
Al caballero en todo memorable.

Y así de los señores naturales,
Como de los demás gentiles hombres
Muchos con sus personas y caudales
Siguieron á don Juan y sus renombres;
En otras ocasiones especiales
Relacion especial tendrán sus nombres;
Solo de dos por causas evidentes
Haré memoria luego á los oyentes.

Uno es don César de Avalos, que lleva
El cargo de la armada de navíos,
Que la que el griego llama ciudad nueva
Armó para navales desafíos;
Bien de llamarse César hacen prueba
Del bello jóven los heróicos pilotos,
Aunque para tenellos le bastara
Del gran Marqués ser hijo de Pescara.

El otro que al presente se me ofrece
El conde es de Briatico animoso,
Que en hermosura y en edad florece,
En ser bienquisto y ser ingenioso;
Con su cantar las piedras enternece,
Ora formando el verso numeroso,
Ora aplicando el celestial aliento
De la suave voz al instrumento;

Única prenda de su madre anciana,
Que con gemidos tristes, lastimeros,
Lloraba su partida, casi insana,
Moviada de tristisimos agüeros;
Mas ¡ay! que su sospecha no era vana,
Que presto le vendrán los mensajeros
Con otra infausta nueva semejante
A la que Evandro oyo de su Palante.

El cómitre real el soplo diestro
Al pito ejercitado en esto aplica,
Y al bando que en miserias es maestro
El arrancar del puerto notifica;
Revolviendo las proas al siniestro,
La fuerza y el rumor se multiplica,
A saludar la tierra se comide,
La armada respondiendo se despide.

Y pasa entre Calabria la abundosa,
Y las eolias islas de Vulcano,
Hasta el estrecho donde el agua undosa
El suelo dividió ciciliano;
De allí, con brevedad maravillosa
Llegó del rey de España el caro hermano
A la ciudad famosa de Mecina,
Donde su fin entonces se encamina.

No se puede explicar cuánta alegría
Sintió el Colona cuando vió presente
Al hijo del gran Carlo, ni sabría
Decirle la que el buen Venero siente;
Y así, con personajes que allí había
De Italia y de Venecia la eminente,
Vinieron juntos á besar las manos
Al caudillo mayor de los cristianos.

Y entre ellos Agustino Barbarigo,
Proveedor general, prudente y justo,
De Apolo y de Belona estrecho amigo,
Sutil de ingenio y de vigor robusto;
Mas aunque el cielo es dello buen testigo,
Temprano le amenaza un hado injusto
Con muerte, mas no es muerte, sino gloria,
La que eterniza el nombre y la memoria.

El sol á las tinieblas dió licencia,
Y vuelto cada cual á su galera,
Loó la condicion y real presencia
Del príncipe que en gracia mas se esmera;
Acabada del sol la oscura ausencia,
Oriente de su luz vistió la esfera,
Y acuden otra vez los generales
A tratar de negocios esenciales.

En la popa real los tres sentados,
El veneciano con instancia alega
Que Agustín Barbarigo trae fundados
Poderes de su igual y su colega,
Y que debe en consejos señalados
Ser admitido, pues su ingenio llega,
Junto con su valor, á merecello,
Demás de la república querello.

El de Austria lo permite introduciendo
Consigno ese mayor de la encomienda,
Marco Antonio á Pompeyo entremetiendo,
De coloneses digna y clara prenda;
Aquesto se entendía decidiendo
En consejo supremo sin contienda,
Que en otros que no sean tan severos
Entrarán otros muchos caballeros.

Juntos los seis á la consulta grave,
Y el secretario insigne Juan de Soto,
El de Austria comenzó en hablar suave
A proponer el caso y dar su voto:
«Cuanto importe al gobierno de la nave
La cauta vigilancia del piloto,
Sabrálo, dijo, bien el que en airado
Y proceloso mar ha navegado.

»Mas el furioso viento, la porfía
De las ondas al cielo levantadas,
El horror de la noche oscura y fría,
Las lluvias por el aire derramadas,
La fuerza extraña, que á torcer la vía
Obliga por regiones desusadas,
Todo suele vencerse con el arte:
De tanta gracia al hombre alcanza parte.

»Pero el ejercitado navegante
Resiste á los contrastes y fortuna,
No por contemplacion de estrella errante
Ni de los fugitivos sol y luna;
El norte, que en el polo está constante,
Es solo quien le da forma oportuna
Para salir del bravo desconcierto
Al pacífico abrigo y dulce puerto.

»Sin duda es tal del general á guerra
El grave cargo y peligroso oficio,
Ora en el mar milite, ora en la tierra
Siga del fiero Marte el ejercicio,
Y aquel mas el error de si destierra
Que de su voluntad asienta el quicio
Sobre razon ajena de pasiones,
Tomándola por norte en sus acciones.

»Esta, que de los brutos animales
Nos aventaja tanto y diferencia,
Y con favores sobrenaturales
Nos avecina á la divina esencia,
Velando esté continuo á los umbrales
Del sentido, y así la inteligencia,
La fatiga, el trabajo y el cuidado
A buen puerto saldrán del mar airado.

»Por tanto, valerosos caballeros,
A cuya causa estimo el cargo mio,
Sedme todos en todo verdaderos,
Como de vuestras prendas me confío;
Vayan lejos de mí los lisonjeros,
Que yo no quiero mando y señorío
Para regirme solo por mi gusto,
Mas para obedecer al sabio y justo.

»En grande obligacion me ha puesto el cielo,
Su santidad y mi señor y hermano,
Y mucho debo á la intencion y celo
Del inclito senado veneciano;
Mas no puedo sufrir que su recelo,
En ofensa del crédito cristiano,
Alucine entre vanas conjeturas
En estas importantes coyunturas.

»Y aclarándome, digo que ha venido
A mi noticia ¡oh tático Venero!
Que vuestra libre patria ha cogido
Que á Túnez y Biserta pasar quiero;
Lo cual ser un engaño conocido
Sin duda consta, en cuanto á lo primero,
De que para emprender esa fatiga
Su majestad bastara sin la Liga.

»Tras esto, de mi augusto padre juro
Por el alma devota, que mi intento
Es pasar en levante, y lo aseguro,
Pues tengo dello expreso mandamiento;
El vicario de Cristo santo y puro,
Y el Rey, que de la Iglesia es instrumento,
Me envían á que al turco bravo ofenda,
Y dél vuestra república defienda.

»A Chipre á socorrer vamos primero,
Empresa necesaria cuanto justa,
Si algun caso aciago y lastimero
No se anticipa en vuestra Famagusta;
Vuestra conservacion pretendo y quiero,
Aunque me dais por ello paga injusta;
Por tanto, á Dios presento por testigo
De que siempre os seré fiel amigo.

»Este es mi verdadero presupuesto,
Como se mostrará por la experiencia;
Y así, para cumplillo está muy presto,
Con pronta voluntad y diligencia.
»Esto propuso el príncipe modesto,
Gauando la comun benevolencia,
Y añadió al susodicho parlamento
Otras cláusulas de alto fundamento.

Dijo, en resolucion, que cada día
De los que su viaje dilataba,
Como al gran Josué, le parecia
Que el sol en su carrera se paraba;
Mas que medir el tiempo convenia
Con la solicitud; y así, rogaba
A cada cual dijese claramente
En qué estado se halla de presente.

Que él, sin las de Saboya, tiene ochenta
Y una galeras, fuertes y pujantes,
Veinte navios, y por lista y cuenta
Paga en la armada veinte mil infantes,
Sin otros personajes de gran cuenta,
Que vienen poderosos y triunfantes,
Y con ellos, dos mil aventureros,
Que son gente de cabo y caballeros.

Y que al respecto desto trae pertrechos,
Armas, artillería y municiones,
Y cosas necesarias, que á los hechos
Son menester en tales ocasiones;
Los otros generales, satisfechos
De haber oído aquellas conclusiones,
Dieron razon con orden cierto y largo
De las cosas tocantes á su cargo.

Marco Antonio Colona, respondiendo
A la proposicion del hijo austrino,
Dijo que él se hallaba allí sirviendo
Con doce velas del pastor divino;
El cual, su voluntad santa cumpliendo,
De tal manera todas las previno,
Que no les falta gente de pelea,
Ni jarcia alguna la menor que sea.

El veneciano, luego relatando
Algunas mal andanzas sucedidas
En el mar á galeras de su bando,
Dijo que al fin allí estaban surgidas
Cuarenta y ocho, y mas, fué numerando
Otras seis galeazas escogidas,
Dos naves de alto bordo, y que tenia
Soldados cinco mil la Señoría.

Mas dijo que esperaba por momentos
Sesenta otras del reino candiano,
Sin deciocho que propicios vientos
Han de traer del golfo veneciano,
Y galeazas tres con instrumentos
De guerra, y gente tanta, que á una mano
Vendrán en orden todos los bajeles
Para hacer temblar los infieles.

Con esto aquel consejo fué acabado,
Y mandóse que al punto Gil de Andrada
Fuese con dos galeras á recado,
A saber nuevas de la turca armada;
Este era un fuerte y plático soldado,
Comendador de Malta la estimada,
Animoso, sagaz y experto en guerra,
Probada su intencion en mar y tierra.

Así que, por sus obras ya famoso,
Salió al efecto el bravo caballero,
Sulcando hácia Oriente el mar undoso,
Con ardid de cosario verdadero;
El pueblo de Mecina, deseoso
De hospedar el intrépido guerrero,
En que tomase tierra habia insistido
Con término eficaz y comedido.

Mas él, donde tenia el pensamiento
Tenia como presa la persona,
Hasta que trujo el favorable viento
A don Juan el que llaman de Cardona,
Con municiones, gente y bastimento,
Y su valor, que claro nos pregona
El alto honor de su inclita familia;
Las velas este rige de Sicilia.

Que de Palermo allí arribó con ellas,
Llenas de menesteres para guerra;
Y así, satisfaciendo á las querellas,
Su alteza en esa hora saltó en tierra
Por cima un rico puente, que de bellas
Sedas, con proporcion de arcos encierra
Tres órdenes, de tal compás y anchura,
Que todo era cuadrado en su figura.

Cercado estaba de las peregrinas
Y al mundo sabidissimas historias
De Carlos Quinto, que por obras dinas
Triunfo del tantas veces con victorias;
Allí en vulgares voces y latinas
Escritas se leian las memorias
De casos tan subidos y famosos,
Cuanto para el propósito curiosos.

Estaban de aquel reino los tiranos
Prostrados humildemente por el suelo
Ante el mayor monarca de cristianos,
Filipe, augusto rey, varon del cielo;
En cuyas poderosas fuertes manos
Una espada se ve de heróico celo,
Y un peso, que es divisa clara y reta
De la justa impresion de su planeta.

Vianse otras grandezas, que no digo
Por no alargar aquí la historia tanto;
Viose Ceres inventando el trigo,
Lleno de espigas el virgineo manto;
No trato de la salva, que el castigo
Dobló á Tifeo con horror y espanto,
Pues tembló en las entrañas de la tierra
Aquel que al cielo osaba mover guerra.

Recebido el caudillo soberano,
Así como en Parténope habia sido,
Posó en palacio sin alzar la mano
Del caso que le estaba cometido;
Mas la armada del pueblo veneciano,
Que de la antigua Creta habia salido,
En Zaragoza de Sicilia entrando,
Dió gran aliento al uno y otro bando.

La máquina ya junta y recogida,
Solo de la partencia se trataba,
Y de dar perfeccion á una partida
Que el Rey con Juan Andrea remataba;
Porque á su instancia, que era encarecida,
Sus galeras armadas le compraba,
Bien que por cosa cierta se tenia
Que para el de Salerno las queria.

Estando pues haciéndose el tanteo
Del precio de ellas, sucedió una historia,
Que se debe contar como trofeo
De los de la admirable casa de Oría;
Y mas en este tiempo, que no veo
Sino que el interés y vil escoria
A pleito hace andar, y aun á las manos,
Con mal ejemplo, hermanos contra hermanos.

Mas Pagandoria, hermano verdadero
Del sabio y valeroso Juan Andrea,
Sabido que estar falto de dinero
Es causa de que así se desposa,
Y teniendo por caso lastimero
Ver que el vecino tenga ni posea
Las galeras, por quien tan ecelentes
Fueron siempre sus claros ascendientes,

Con liberalidad jamás oída
El contrato impidió, y con fuertes nidos
Dobló de la hermandad la fuerza unida,
Dando á la fama estímulos agudos,
Y hizo luego donación en vida
De suma de trecientos mil escudos,
Que tiene de caudal seguro y llano,
Renunciándolo todo en el hermano.

Oh noble presunción de hidalguía,
Útil largueza, bien considerada,
Puntual y gallarda cortésia,
Resolución discreta, fuerte, honrada!
Nunca jamás, Pagan, llegará el día
En que la gloria tuya sea acabada;
Todos alabarán tu heroico hecho,
Todos ensalzarán tu ilustre pecho.

Hecha en conformidad y complacencia
De Dios y de los hombres tal fineza,
Al de Austria el buen Pagan pidió licencia
Para llegar á Malta con presteza;
Y el hábito tomado y obediencia,
Volver á su servicio sin pereza;
Y así, en espacio breve llegó y vino
A eternizar su esfuerzo peregrino.

Mientras las fuerzas de la Liga unidas
Se están calificando en el Tirreno,
Las huestes de los turcos descreídas
De Famagusta batían el terreno;
Faltan muchos pertrechos, muchas vidas;
Y así, presto vendrá á poder ajeno,
Mustafa crudo, monstruo despiadado,
La tiene reducida á tal estado.

Al-Baja, caudillo de la armada,
Discurre por los mares convecinos,
Haciendo de la gente fatigada
Correr arroyos con furor sanguinos;
Cual suele de langosta la emboscada
Los labradores despojar mezquinos;
Del premio del trabajo y la esperanza
Que les daban sus mieses y labranza.

Tal era el fiero estrago, en cuanto aquesto,
Que en las tierras marítimas hacia
El inmenso escuadrón, que, en tierra puesto,
Las campañas talaba y destrúa;
Mas en cuanto al mortal daño funesto
Con que á los moradores oprimía,
Tal era su mortífera violencia,
Cual de aire con pestífera influencia.

Lo cual por nueva cierta bien constaba
En aquel tiempo al general supremo;
Y así, con gran instancia procuraba
Pasar sobre el Íonio á vela y remo,
Especialmente porque se sonaba
Que estaba á la sazón puesto en extremo
Cátaro, insigne fuerza de Dalmacia,
De quien se teme la final desgracia.

Esto, y el estrecharse el plazo cierto
Que á navegar galeras se permite,
Son causa que el consejo mas alerta
La importante jornada solicite;
Mas es un hondo piélago sin puerto,
Un caos que á conclusion no se remite,
Tener tantos bajeles á su cargo,
Y haber con ellos de ir por mar tan largo.

Siendo, como era ya, del seco esto
La segunda sazón toda pasada,
Pues Febo, declinando al tiempo frío,
Ocupaba de Libra la morada,
Dos veces enjugó el fresco rocío,
Descubriendo su lumbre deseada,
Después que por nivel medido había
La noche oscura con el claro día;

Cuando la gruesa armada de cristianos,
Estorbos y embarazos mil rompiendo,
Dejar quiere los puertos sicilianos,
Su justísima empresa prosiguiendo;
Ya hiere sin cesar los aires vanos
De voces y cadenas el estruendo,
Ya del zarpar se nota el remar lento,
Ya del arrancaboga el violento.

Atrás queda el sepulcro de Tifeo,
Resuena en la ribera un triste lloro;
Paquino se descubre y Lilibeo,
Y puesto al septentrion se ve Peloro;
El viento, conformándose al deseo,
Con alto agüero y respirar sonoro,
Batió las popas y enseñó las velas,
A pesar del demonio y sus cautelas.

El cual sin duda con infernal ira
Fiscal de aquella causa había sido,
Como quien siempre á todo mal aspira,
Teniéndose del bien por ofendido;
Y así, en profundo son gime y sospira,
Viendo que á su pesar había partido
Unánime la armada brava y fuerte,
Y blasfemando habla desta suerte:

« Mi industria á todas horas ha velado,
Mi astucia sus poderes siempre ha hecho,
Por impedir al Rey, Papa y Senado
El orden y camino deste hecho;
Mil veces ya el negocio comenzado
Turbé con dilación, y á mi despecho
Se concluyó el tratado de la Liga
En favor de la Iglesia, mi enemiga.

« Después, sin descansar, sus fundamentos
Derribar procuré con mi malicia,
Dudas sembrando y malos pensamientos,
Ajenos de razón y de justicia;
Detuve en Cándia con airados vientos
Las galeras, pertrechos y milicia,
Cuya tardanza parte ser pudiera
Para que esta jornada se impidiera.

« Lo cual no obstante, van el mar cubriendo
Las velas juntas del poder cristiano,
Contra la monarquía que pretendo
Tener en pie en favor del otomano;
Pues yo convocaré el infierno horrendo,
Que siembre males y furor insano
Entre los mas conformes corazones,
Y mude sus primeras intenciones.

« Las tristes furias de su albergue triste
Saldrán á defender esta concordia,
Y de la horrible estancia donde asiste
Vendrá al efecto mismo la discordia,
La cual cuando una vez al arma insiste,
Lejos la paz se va y misericordia;
Y si esto no bastare, el agua y viento
Les hará embravecer cada momento.

« Pudieron de una maga los conjuros,
Turbando el mar con tempestad terrible,
Asegurar de Argel los altos muros
De la furia de Carlos invencible;
Y piensan navegar de muy seguros
Los que van con su hijo á lo imposible,
Llevando en contra de su mal gobierno
La tierra, el agua, el viento y el infierno!»

Esto dicho, el espíritu malino,
Calando abajo del lugar que estaba,
Resuelto en aire á dar por proa vino
En la armada que en popa navegaba;
Al punto vaciló el senoso lino,
Y ya la chusma velas amainaba,
Cuando pasó de largo el enemigo
Y por Etna á Pluton fué á dar consigo.

Y así, fué sin parar la hereulea rama
Con agradable viento y mar bonanza,
A la que Fosa de San Juan se llama,
Tierra que al calabrés distrito alcanza;
Ya Gil de Andrada, cierto de la fama
Que del turco se tiene, y su alianza,
Había vuelto con presteza suma,
Y esto á su Alteza referido en suma:

« Habiendo, alto Señor, un día salido
De Cabdotranto, fui á la muy sabida
Isla que de Corfú tiene apellido,
Donde llegué, la prima ya rendida;
En Santangel, castillo conocido,
Tierra tomé, y con maña encarecida
Procuré hallar lengua de la armada
Contra quien va la tuya enderezada.

« Y supe cierto que en la misma tierra
Había aquellos días hecho daño,
Moviendo á los isleños cruel guerra
Y ejercitando su rigor extraño;
Supe tambien que agora ya la encierra
El puerto de Britinto, y no es engaño,
Porque arribó un esclavo á las orillas
De Corfú, que está á trecho de diez millas.

« De Chipre dijo, que por claro tiene
Estará por del turco sin tardanza,
Y que al baja de mar orden le viene
Por otras de Bizancio y su pujanza,
De que se apreste como mas conviene,
Y con alegre orgullo y confianza
En cualquiera ocasion venga á las manos
Con la potente armada de cristianos.

« La suya refirió ser de trecientos
Bajeles grandes, sin los que hay menores,
Que son por todos casi cuatrocientos,
Llenos de ejercitados guerradores;
Porque en lugar de mil y mas quinientos
Que en Cátaro murieron, y mayores
Gastos de gente que en la armada ha habido,
Con otros muchos mas esto ha suplido.

« Tambien certifié que Caracosa,
Cosario, partirá con gran presteza
Para reconocer la poderosa,
Aunque menor, armada de tu alteza.»
Oída aquella relacion copiosa,
Y llena de verdad y de certeza,
Se entró en consejo á resumir el modo
De que mas convenia usar en todo.

En el cual hubo los discursos graves
Que la grave importancia requería:
El de Austria, que por términos suaves
Los otros generales persuadía,
Mandó al que lo era de las veinte naves
Que se vaya con ellas por la vía
De Taranto, y que allí el orden espere
De hacer lo que mas después cumpliere.

Ordenóse esto porque, no pudiendo
Navegar con galeras igualmente,
De vista se pudieran ir perdiendo,
Y faltar en el tiempo conveniente;
Y lo que peor es, sobreviniendo
Un viento reforzado de poniente,
Ir fuera de su grado mas temprano
En las popas á dar del otomano.

Quedó tambien resuelto que se fuese
En orden de batalla navegando,
Del cual un punto nunca se saliese
Mientras la turca armada iban buscando,
Y que en escuadras cuatro se partiese
La nuestra, y se llevasen remolcando
Las seis galeazas, por tener conceto
Que al pelear serán de mucho efecto.

Así porque en el mar representaban
Unos castillos fuertes artillados,
Como por copia grande que llevaban
De municion, pertrechos y soldados,
Los cuales general por sí acataban
Un veneciano de los mas nombrados,
Útil y suficiente para todo:
Francisco era del nombre de Duodo.

Tomada aquesta forma y expediente,
Se despachó correo al rey de España,
Avisándole cierta y ampliamente
De lo que pasa en la jornada extraña;
En esto la canalla diligente
Aplica al duro oficio fuerza y maña,
Y alejándose un poco del latino,
Sulca la armada el reino cristalino.

Cubrió la noche con silencio horrible
El mar, la tierra, el aire, y entre tanto,
Remando por cuarteles lo posible,
Comparten los forzados el quebranto,
Hasta que en forma alegre y apacible,
Lleno de aljofar el rosado manto,
Sale el aurora de su fértil seno,
Y adiestra los que hieden el Tirreno.

Al cabo que es y fué de las columnas,
Desde que Grecia entró en el lacio suelo,
Llegaron, sin que de ondas importunas
Contraste se ofreciese ni recelo;
Mas, como tan sujeto esté á fortunas
El reino de Neptuno, en presto vuelo
Se comenzó á turbar y embravecerse,
Y así, fué necesario atrás volverse.

Está del dicho cabo pocas millas
Un abrigo guardado de los vientos,
Que Cala llaman hoy, de las Castillas
Los que á navegacion están atentos;
Aqui, otra vez dejando las orillas,
Gil de Andrada prosigue sus intentos,
Y para tomar lengua va adelante
Segunda vez la vuelta de levante.

Luego que el mar estuvo mas tratable,
La armada de Corfú siguió la vía,
Y así arribó con tiempo razonable
Al cabo que se nombra de María;
Donde nueva halló que la espantable
Armada de los turcos combatía
El Zante, con asaltos inhumanos,
Que dió pena cruel á venecianos.

Por la cual á don César se le envía
A mandar que á Corfú enderece velas,
Y su alteza lo hizo el mismo día,
Que deseo y razon le son espuelas;
Cortando pasa á remo el agua fría,
Mientras que las nocturnas centinelas
En el octavo cerco se parecen
Y en la ausencia de Febo resplandecen.

La luz siguiente por el Ganges vino,
Y la noche caló por Oceano,
Cuando una tempestad le sobrevino
Nacida de la parte del Solano;
Con gran trabajo y proejar continuo
A la pobre isla se llegó del Pano,
Cuando aquel por quien Clicie en amor arde
Al fin ya declinaba de la tarde:

Isla pequeña y casi sin abrigo,
No sin puerto ni cala solamente,
La armada grande, y grande el enemigo,
Combate de Euro turbio y vehemente;
Falta de sueño y de reposo amigo
Estuvo aquella noche nuestra gente,
Y no sin riesgo que el cruel contraste
Con algunas galeras diese al traste.

Mas don Juan de Austria, siempre deseando
Sus justas esperanzas ver cumplidas,
No dominio y riquezas procurando,
Que tantas almas traen desvanecidas;
A Dios sus esperanzas levantando,
No teme de las ondas homicidas,
No le molesta, turba ni importuna
El peligro del mar ni la fortuna.

No le daba cuidado aquel recelo
Que suele fatigar en tiempos tales,
Ni le perturba ver cubierto el cielo
De nubes con mudanzas desiguales;
A todo resistía su alto celo,
Su gran virtud y estímulos fatales;
Mas, ¿dónde son de fe los fundamentos
Que pueden empecer los elementos?

Mas fuerza es que su gente se desvele,
Y espere el fin de aquella noche luenga,
Como á cansados caminantes suele
Sucedér, aunque el sueño les convenga,
Cuando el mal hospedaje les compele
A desear que la mañana venga,
La cual entonces mas se dilatava
Cuanto con mas fervor se deseaba.

Llegó en efeto, como todo llega,
Si no es el bien perfecto, en vida humana,
Ciega esperanza de la gente ciega,
Vana imaginación de gloria vana;
Ya con la nueva lumbre se navega,
Rompiendo á pura fuerza el agua cana,
Hasta que se llegó, no sin porfia,
Al puerto de Corfu al cerrar del día.

Estaba todo el burgo de la tierra
Vuelto en ceniza con violentas manos,
Porque antes doce días atroz guerra
Habían hecho en él los otomanos;
La gente, amedrentada, allá se encierra
En los castillos altos venecianos,
Que, á no ser fuertes en extremo grado,
No se escaparían del furor pasado.

Allí estaban los miseros subidos,
Bien así como suelen los pastores
Cuando de madre van los ríos salidos,
Y anegan reses grandes y menores,
Acógense á los árboles crecidos,
O á las breñas que están en los alcóres,
Y otean desde allí el mortal rebaño
Quedados, por evitar el mayor daño;

Mas, ya que llega el fin de la creciente,
Y el agua se reduce á su carrera,
Bajan á descansar seguramente
A su majada y estación primera:
Así la triste y fatigada gente
Sale de aquella pesadumbre fiera,
Y vuelto el mal pasado en regocijo,
Corre por ver de Carlo el bello hijo.

Mas era grave horror y desconsuelo
El ver los edificios abrasados,
Y mucho mas los templos por el suelo
Con desprecio nefando profanados:
Los simulacros del que hizo el cielo
Con sacrilegos golpes afeados,
La efigie de la Virgen descompuesta;
¡Oh poderoso Dios! ¿que cosa es esta?

Tanto la exorbitancia el de Austria siente,
Y solo del oílo se avergüenza,
Que hace voto al Padre omnipotente
De vengar la turquesca desvergüenza
Y de no tomar tierra eternamente
Hasta que en la demanda muera ó venza;
Y así, cuatro ó seis días se detuvo,
Mas siempre en su galera firme estuvo.

Estuvo en aquel puerto algunos días,
Cercado de las ondas fortunales,
Porque los bravos vientos con porfias
Tormentas levantaban desiguales:
Las damas griegas, por diversas vias,
Miraban el bajel de tres fanales,
Y, aunque de lejos, vían que el austrino
Era de talle y rostro peregrino.

Y vista su figura soberana,
Decían: «Si el troyano era tan bello,
Disculpa clara tuvo la espartana
En olvidar su fama por querello;
Ni es de espantar que Cila, ardiendo insana,
Robar osase el paternal cabello,
Si acaso era de forma tan perfecta
El afamado Minos, rey de Creta.

La armada en aquel puerto surta estaba,
Porque del viento la violencia dura
Las procelosas ondas levantaba
En montes grandes de sublime altura;
Esto y ver que el invierno se acercaba,
Faltando ya á las plantas su verdura,
Dió que temer á algunos en tal medio
De un grave inconveniente sin remedio.

Y así, los que del cielo el movimiento
Y del mar las señales contemplaban,
No sin muestras de nuevo descontento
Horrible tempestad pronosticaban;
Al inclito don Juan que mude intento
Con largas persuasiones suplicaban,
Y para mas probar sus opiniones
Alegaban, clamando, estas razones:

«Si á la experiencia y arte que tenemos
Crédito se ha de dar como conviene,
Delito en tu servicio cometemos,
Y ofensa contra el rey que nos sostiene,
Si callado mas tiempo detenemos
Lo que ya el temporal dicho nos tiene,
Con amenazas tanto declaradas,
Que traen la ejecución tras las pisadas.

«Ondas hieren la tierra con ruido,
La luna su color muestra ofuscado,
Delfines sobre el agua han parecido,
Cornejas á la orilla se han bañado,
Cuervos turban el aire con graznido,
Garzas se han á las nubes levantado;
Todo lo cual tormenta testifica,
Y vecino naufragio pronostica.

«Así que, á suspender esta jornada
Del buen conde de Niebla el caso fuerte
Te obliga, pues hazana es alabada
Valerse de la ajena adversa suerte;
Mas, como la fortuna sea pasada,
Si mandares, podrás atrás volverte;
No te halle el Oríon cruel y fiero
Tan lejos del seguro invernadero.»

Tales eran las causas y objeciones
Que se oponían, no sin gran instancia;
Mas el de Austria alegaba otras razones
Magnánimas y llenas de sustancia;
El peligro de Chipre y aflicciones,
Del turco la soberbia y arrogancia,
Los graves infortunios padecidos
En aquel y otros pueblos afligidos.

Juntó el consejo: siempre el fundamento
Era de su intención estar constante
En buscar ocasión de rompimiento
Con la armada terrible de levante;
Y en caso que el Gran Turco á tal intento
No se opusiese, en mar siendo pujante,
Hacer entrada libre por su tierra,
Y dalle á sangre y fuego mortal guerra.

De aquí el heroico Juan pender decía
Un alto efeto, raro y peregrino,
Pues ó el Turco su armada perdería,
O el orgulloso y fiero desatino,
O la reputación se ganaría,
A lo menos por premio del camino,
Los ánimos caídos levantando
De aquel contorno y temeroso bando.

En cuanto á la sazón ser sospechosa,
Decía que la causa y presupuesto
De la cristiana liga poderosa,
Era un seguro casi manifiesto,
Y dilación del todo peligrosa
Suspender aquel año el fin honesto
De aquella union, por lo que dicho tiene,
Y por lo que á durar mas le conviene.

Y que llegar al fin deste secreto
En todo caso es justo y necesario,
Conforme al apostólico decreto
De Pio Quinto, celestial vicario;
El cual, manifestando su conceto,
Le ha escrito con fervor extraordinario
Diversas veces de su santa mano,
Que busque, siga y rompa al otomano.

Destos discursos, término y fineza
Usaba el de Austria, y el fiel Senado
Aprobaba el valor y fortaleza
Del pecho juvenil, sagaz y osado;
Cesó del mar un poco la braveza,
Y así dobló, después de haber zarpado,
Una punta la armada, y hecha vela,
Atravesaba el canal y aprisa vela.

Navegóse con órden y concierto
Hasta dar en la costa de Albania,
Y de las Guminizas en el puerto
Se fué á surgir, después que anohecia,
Capaz y buen reparo, aunque desierto;
Mas entre tanto que esto sucedía,
Ali-Bajá á la mira en todo estaba,
Y en Lepanto su armada aseguraba.

Soberbio, vencedor está y terrible
Cuanto jamás se ha visto turco ó moro,
Viendo á fortuna todo lo posible
Hasta entonces guardalle su decoro;
Y mas, que tiene ya por infalible
De Famagusta el perdimiento y lloro,
No solo por aviso y nueva expresa,
Sino por grande parte de la presa.

Doce galeras llenas de captivos
Y de joyas de precio inestimable,
Con soldados genizaros altivos
Gente para las armas formidable;
Mustafa, el mas cruel de los esquivos,
Envió desde el reino memorable
De Chipre, á Ali-Bajá en el mismo día
Que todo por el turco se tenía.

El caudillo del mar holgó en extremo
Con tal nueva y calor para refriega,
Y mas porque ya sabe que el supremo
Terno del cristianismo se le llega;
Los miseros esclavos pone al remo,
Y á su profeta falso pide y ruega
Quiera y tenga por bien que los cristianos
Sin duda con él vengan á las manos.

Y después que de toda la Morea
Hizo embarcar la gente mas gallarda,
Con toda la pujanza que desea
Se está quedo en sus términos y aguarda;
Mas porque mas tiempo se provea,
Lo que importare, si el conflicto tarda,
A Caracosa manda que en alerta
Parta, y de todo traiga nueva cierta.

Este era un renegado valeroso,
Valiente y principal por su persona,
Y como tal, subido al cargo honroso
De alcaide y defensor de la Belona;
Al tiempo pues que el mundo está en reposo
Por el hinchado golfo se abandona
En una reforzada galeota,
Y sigue cautamente su derrota.

Es fama que, dejado en un cercano
Puerto el bajel, mudó de lengua y traje,
Y como pescador pobre y greciano,
Fingió bien el oficio y el lenguaje,
Y anduvo en una barca á paso llano
Entre la armada, y vuelto á su viaje,
De lo que vio dió nueva verdadera;
Mas en efeto ver mejor pudiera.

Porque la cuarta parte de la armada
En el puerto no estaba bien surgida;
Y así, aunque Caracosa su jornada
Hizo con la cautela referida,
Llevó la relación desvariada;
Lo cual dicen fué causa conocida
De que el poder turquesco se engolfase
Y mas de la victoria confiase.

Llegó á las Guminizas sin tardanza
La banda de bajeles que faltaba,
Y junta de cristianos la pujanza,
Solo don César de Avalos tardaba,
Porque del mar y viento la balanza
Acá y allá las naves arrojaba;
Mas no por esto el de Austria da querellas,
Que está resuelto á combatir sin ellas.

A la que el claro sol desaparecía,
Mandó echar bando el príncipe prudente
Que todas las galeras otro día
Escaramucen valerosamente:
Fué justa prevención, porque esta cria
Animo en el peligro mas urgente,
Y aquel que cantamente se apercebe,
Armas son de ventaja que recibe.

Luego que de su lecho alabastrino
La esposa de Titon salió huyendo,
La armada puesta en órden se previno
Para ensayarse en el combate horrendo;
Caláronse arrumbadas cual con vino,
Y hechas pavesadas, fué creciendo
El son soberbio de la artillería,
Y jugó aprisa la arcabuceria.

Fué espectáculo insigne y admirable
Ver el denuedo y brio contrahecho,
El ruido, la fuerza incontrastable
Que daba de vencer claro derecho,
Y mas el alto agüero y favorable
De ver cuán alentado y satisfecho
Pasaba el General por las galeras,
Exhortando sus huestes á las veras.

Algunas horas con furor extraño
Duró la ardiente lid bien intrincada,
De donde resultó orgullo tamaño,
Que fué hazana para ser notada;
Vuelcan los remos el salado estano
Otra vez, y siguiendo su jornada
Por medio del lónico mar navegan,
Y al enemigo bando mas se allegan.

CANTO XXI.

Siembra el demonio discordia entre la armada cristiana, y así llega á la Chafalonía puesta en gran peligro y confusión. El señor don Juan con admirable prudencia compone aquel tumulto, y estando en esto llega nueva cierta de la pérdida de Famagusta.

Si aquel que á Grecia hizo tan famosa,
Y de Troya cantó en verso sonoro
La guerra con los griegos espantosa,
El duro incendio y el funesto lloro;
O el otro cu ya mano artificiosa
Sus amores pintó con el decoro
Que á la hermosa Laura se debía,
Y al verdadero amor que le tenía;

O el que de Eneas el destierro y males,
El ardid, la piedad y el sufrimiento
Encareció con versos inmortales,
Y mas que humana fuerza de talento;
O esotro que en materias desiguales
Igualmente subió el entendimiento,
Y en un jardín de flores abundoso
Nos introdujo á Orlando el Furioso;

O el Cordobés poeta castellano,
Intitulado así por ecelencia,
Que compuso en estilo sobrehumano,
Guiado por divina providencia;
O el celebrado ingenio de Lucano,
Que escribió la farsalia competencia,
En son tan dulce, que de gente en gente
Volará su memoria eternamente;

Los cuales, y otros muchos que no digo,
Por fama singular eternizados,
Si alcanzaran la historia que yo sigo,
Nunca en otra pusieran sus cuidados,
Pues della la verdad tiene consigo
Casos tan admirables y extremados,
Tan varias y ejemplares ocasiones,
Que no hay necesidad de otras ficciones.

Pasaba pues la armada poderosa
A vista de la Préviza, nombrada
Por aquella aciaga y vergonzosa
Huida, que otros llaman retirada;
Ya se descubre sobre el agua undosa
Santa Maura, y ya va determinada
La gente de tomar puerto otro día
Dentro de la menor Chafalonía.

Tan conforme, devota y bien regida,
Cuanto disciplinada en la milicia,
Iba la union perfecta y escogida,
Guardando religion pura y justicia;
Cuando con furia insana embravecida
El ángel que cayó por su malicia,
Envidioso fiscal de aquel progreso,
Quiso impedir con fraudes el suceso.

Sobre una nube tenebrosa, oscura,
Vió de leños el piélagó cubierto,
Y presintiendo el hado y desventura
Del turco en el católico concierto,
«No basta, dijo, el fuego que meapura,
Muriendo eternamente sin ser muerto,
Ni haber caído del impíreo cielo
En la muerte que digo sin consuelo,

»Sin que de nuevo agora se acreciente
A mi dolor materia de tormento?
¿Cómo el tartáreo rey esto consiente?
¿Cómo tal sufre el infernal convento?
Mis lazos tendí ya contra esta gente
Sin dello desistir solo un momento,
Y á mi pesar, en vispera los veo
De conseguir el fin de su deseo.

»Y lo que siento mas es la doctrina
Que en gracia de su Dios puestos los tiene,
Y que profesan caridad divina,
Que de la fe con obras les proviene;
Mi entendimiento apenas determina
Si el nombre de soldados les conviene
Tanto como el de santos religiosos,
Segun de sus conciencias van celosos.

»Así que, cuando bien los otomanos
Llevasen deste hecho la victoria,
Escaparian, libres de sus manos,
Las almas á gozar de eterna gloria;
Y si, como es mas cierto, estos cristianos,
Venciendo, escureciesen la memoria
De la temida fuerza de Turquia,
¿Qué desastre mayor temer podría?

»Pues declinando la mahometana
Secta, en desprecio vil seria tenida,
Por cuya autoridad gran gente humana
A los infiernos baja de corrida;
Libremos, si es posible, la otomana
Juventud, pues al cabo de la vida
Se debe á nuestro fuero riguroso,
Y el conservalla agora es provechoso.

»Rabiosa invidia, eterno desconsuelo
Me da tanto saber contra mi mismo:
Yo, ángel, arrojado desde el cielo
En el profundo seno del abismo,
Y el hombre, vil gusano, desde el suelo
Navegando en las aguas del baptismo,
Subido á tomar puerto al snmo imperio
Por mi desdicha grande y vituperio.

»De cuanto se me acuerda y cuanto veo
Resulta en mi dolor pena crecida;
Lo imposible atormenta mi deseo,
De nada huelgo y nada se me olvida;
Aborrezco mi ser, mil veces reo,
Maldigome con ansia encarecida,
Pues si contra mí estoy de enojo lleno,
¿Cómo podré sufrir el bien ageno?

Esto dicho, el ministro de tristura
Invisible bajo sobre una entena
Del veneciano bando, y allí jura
Por la agua Estigia, amarga y de horror llena,
De estarse hasta que haya coyuntura
Para desordenar cuanto se ordena,
Mediante la discordia, que deshace
Las grandes cosas que concordia hace.

Como suele, escondido en la maleza,
Acechar la veredas y caminos
El robador perverso que cruceza
Usa en el inocente peregrino;
Tal estaba rabiando de tristeza
El tentador espíritu maligno,
Hasta que á su disignio halló entrada,
Mezclando una contienda porliada.

Iba en este bajel Mucio Cortona,
Por el Rey capitán italiano,
El cual de su nación trata y blasona
Con el de la galera veneciano;
Mas el dañado autor les inficiona
Tanto los pechos, que del hablar llano
Vinieron al lenguaje acelerado,
Y deste, al injurioso y desmandado.

De lance en lance á Sebastian Venero
Llegó la nueva deste desafío,
Y mandó que pasase el forastero,
So pena de la vida, á su navio.
Mucio responde: «Allá pasar no quiero;
Porque el de Austria, juez y señor mio,
Va adelante buscando el enemigo,
Y el solo es á quien sirvo y á quien sigo.»

Replican los airados venecianos
Que sea preso ó sobre el caso muera;
Mucio alcanzar pretende por las manos
La libertad que ya por bien no espera;
Acudiente soldados italianos,
Contraponese toda la galera,
Atiza el fuego la endiablada furia
Con ira, sangre, fuerza y con injuria.

Resultó del enojo y resistencia
Quedar el capitán Mucio herido,
Habiéndose mostrado en la pendencia,
Con daño de otros, de vigor crecido;
El general Venero, sin paciencia,
Que desde su galera oyó el ruido,
Acudió á poner paz, y puso guerra:
Tanto el humano seso á veces yerra.

A Mucio y cuatro de sus compañeros
Con presurosa ejecución condena
A pena capital; y así, los fieros
Verdugos los colgaron de una entena;
Viendo la armada tales desafueros,
Hace señales de dolor y pena,
Especialmente la nación latina,
A quien mas comprende esta ruina.

A la Chafalonía en fin arriba
La Liga, en confusión y riesgo puesta;
Discurre sin cesar la furia esquiva,
Alimentando la ocasión funesta;
Las entrañas abrasa en ira viva,
Diversas formas de venganza presta;
Aumentase el tumulto, el furor crece,
Bien como cuando el mar se ensorberce.

El caso y tiempo, no sin gran sospecha,
Materia larga daba á cada uno
De entrar sobre el negocio en cuenta estrecha;
Consigno y todos, sin faltar alguno;
Piden castigo de la culpa hecha,
Y afirman que jamás hombre ninguno
Cometió tan atroz exorbitancia,
De crueldad, malicia y de arrogancia.

Y tanto mas, cuanto quedó en Mecina,
De acuerdo general, capitulado
Que para el bien común á que se atina,
Y el decoro mas justo y ordenado,
Tocase solo á la progenie austrina
Juzgar los yerros de cualquier soldado,
Cuando la gravedad tamaña fuese
Que pena corporal se requiriese.

Esto y el descontento de la gente,
Y recelo de algun motin horrible,
Tenia desvelado grandemente
El corazón del príncipe invencible;
Cuando el buen Paulo Esforcia, que ve y siento
El clamor de los suyos insufrible,
Pasó instigado á la real galera,
Y al General habló desta manera:

«Clarísimo Señor, hijo y hermano
De los mayores reyes que han nacido,
Y digno por ti mismo del cristiano
Poder que en el mar llevas cometido;
Yo, como coronel italiano
Por el Rey, mi señor, de oficio pido
Venganza de tu mano con justicia
Del que usurpa tus veces y milicia.

»Y aunque esto fuera causa asaz bastante,
La agrava mas el prodigioso efeto
De ver que está la armada circunstante
Confusa y puesta en un terrible aprieto;
Y no cumple, Señor, ir adelante,
Sin que el perturbador de tu conceto
Pague de su maldad la justa pena,
Evitando el peligro que se ordena.»

Mientras Esforcia así al de Austria hablaba,
El rumor de la gente que se oía,
Clara y abiertamente confirmaba
Ser notoria verdad lo que decía;
El veneciano bando recelaba
El castigo inminente, y lo temía;
Los demas lo imploraban protestando;
Y así, todos andaban vacilando.

¿Qué hará el pecho heróico de quien pende
La absolución difícil desta duda?
Pues si perdona, un fuego grave enciende;
Y si castiga, una contienda cruda:
A tiempo que, si el turco comprende
Tal disension, será cierto que acuda
A coger á su salvo el rico fruto
Que á la Iglesia pondrá en eterno luto.

Para estos tiempos tales se requiere
La valentía armada de prudencia,
Y tener de la gente el que rigiere
Ganada la comun benevolencia,
Y saber persuadir cuanto quisiere
Con singular modelo de elocuencia;
Partes, que siendo necesarias tanto,
Tarde ó nunca debajo están de un manto.

Mas, como en el sujeto peregrino
Del nieto de Filipe esto se halla,
Y de otra parte, con fervor divino
Desea dar al turco la batalla;
Habiendo oido al coronel latino,
Que atento su respuesta espera y calla,
Formó la voz facunda, el pecho fuerte,
Y fuéle respondiendo desta suerte:

«El temerario intento de Venero
Me tiene en tal extremo disgustado,
Que, cuanto mas en ello considero,
Recibe el corazón pesar doblado;
Mas el camino cierto y verdadero
De castigar su hecho reprobado
Conviene que se busque sin engaño,
Para no abrir la puerta á mayor daño.

»Y pues á mí me toca mas en lleno
Deste suceso el grave sentimiento,
Nadie presumirá que estoy ajeno
De hacer ejemplar el escarmiento;
En cuya ejecución si me refreno,
Bien puede ser á todos argumento
De podello hacer y de querello,
Echando de virtud un claro sello.

Italia, de lealtad y de firmeza
Ejemplo raro á todas las naciones,
Sufrirá por mi amor con fortaleza
Que en mi propósito haya dilaciones;
Y Venecia, que llena de tibieza
Se muestra en semejantes ocasiones,
Perderá sin respeto la presente,
Movida de cualquiera inconveniente.

»Y así de lo primero confiado
Como de lo segundo receloso,
Reservaré el castigo del culpado
General para tiempo no dudoso;
Por tanto, Esforcia ilustre y esforzado,
Volved á vuestro bando valeroso,
Y pedidle y rogáde de mi parte
El enojo, aunque justo, de si aparte;

»Y que de la razón siendo vencida
La natural pasión, no salga vana
La intencion desta Liga esclarecida,
Con gran vergüenza de la grey cristiana;
Y que se entienda que la trama urdida
De alguna furia del infierno mana,
Para impedir la próspera victoria
Que nos espera con eterna gloria.

»Decilde que el trabajo que conmigo
Han padecido, tanto mar pasando,
No es bien dejallo al aspero enemigo
De balde, y que de nós quede burlando;
La empresa que prosiguen y prosigo,
De Dios es, y con ella comparando
Cualquiera no pensado acacimienta,
No me parece ser de algun momento.

»¿Qué sentiría la provincia Ausonia
Cuando volver nos viese al patrio suelo,
Habiendo navegado el agua Jonia
Sin castigar á quien desprecia el cielo?
La torre que se alzaba en Babilonia,
Caida en confusión y desconsuelo,
Dirían haber sido semejanza
De nuestra division y mala andanza.»

PE-II.

Estas y otras palabras esenciales,
Que dijo sobre el caso el Marte ibero,
Refrenaron los odios capitales
De Paulo Esforcia y de su bando fiero;
En el cual los efectos fueron tales,
Que, moderado el impetu primero,
Se prefirió el honor de la jornada
A la resolución precipitada.

»Oh valor memorable! Oh grande hecho!
Oh prudencia no vista ni sabida
En juvenil edad y ardiente pecho,
Que á mas admiración mueve y convida!
Serenísimo Juan, ¿sabes qué has hecho?
Otra pluma lo cante mas subida;
Que á la mia de vuelo te perdiste
Cuando con tanta gloria te venciste.

Cual suele, ya pasada la tormenta,
Tranquilo verse el mar, quieto el viento,
Y reposar la gente, de contenta,
Ajena de temer su perdimiento;
Tal, después que la ira turbulenta,
Se remitió al mejor conocimiento
De la planta real, quedó el bullicio
Que de vecinos males daba indicio.

Huye la infernal sombra al lago averno,
Desesperando ya de todo punto
De perturbar el inclito gobierno
De aquel de Carlos placido trasunto;
En esto vino Ulises el moderno
Con nueva de que el turco estaba á punto
De salir á buscarnos al camino
Desde el seguro puerto leparino.

Ya que para arrancar la armada estaba
Para el naval conflicto peligroso,
Un contrario levante el mar alzaba
Al cielo con asalto proceloso,
Y otro accidente nuevo lastimaba
Al veneciano bando congojoso,
Que fué la nueva de su Famagusta,
Rendida al turco ya por guerra injusta.

Llevado ante su alteza el mensajero,
Junto con Marco Antonio y sus tenientes,
Contó el suceso triste y lastimero
De Chipre y perdición de tantas gentes;
Mas no pudo hallarse allí Venero,
Porque, sobre las causas precedentes,
Tenia puesta pena grave y fiera,
Si entrar osase en la real galera.

En suma, la verdad contado habia
El susodicho, lleno de tristura;
Mas, visto por su alteza que crecia
Del viento bravo la inelencencia dura,
Y que tardar á su pesar debía
Hasta sazón que fuese mas segura,
Determinó que el caso sucedido
Le fuese por extenso referido;

Y tambien porque tales relaciones
Son útiles al buen conocimiento
Para valerse en otras ocasiones
Dellas como de claro documento.
Sentáronse los inclitos varones,
Y cada cual á oír se puso atento,
Cuando el de la embajada, obedeciendo,
Volvió á soltar la voz, así diciendo:

«De Chipre soy, que ya de venecianos
Fué en paz algunos años poseido,
Y agora ¡gran dolor! está en las manos
Del otomano injusto y descreido;
Allí en los tiempos prósperos y ufanos
Dulcemente gocé del patrio nido,
Y allí, en la furia del airado Marte,
He sido, á mi pesar, testigo y parte.

»Sostuve en el afán de Nicosia
Trabajos y fatigas hasta tanto
Que llegó el triste y aciago día
De sus últimos males y quebranto;
Y así, escapé, por buena industria mia,
La vida á sombra de un turquesco manto,
Pasándome por trances peligrosos
Con los famagustanos valerosos.

8

»Y porque ya la historia comprendiendo
De Nicosia debe estar sabida,
A Famagusta mi hablar volviendo,
Diré la nueva y relación cumplida:
Luego que Mustafá, cruel, horrendo,
Vió del verano la sazón venida,
Trató con espantosa fuerza y maña
De poner sus legiones en campaña.

»Mas no sin que por mar al mismo instante
Llegase de Turquía y sus estados
La armada copiosísima y pujante,
Cargada de pertrechos y soldados;
Nunca se vió tumulto semejante
Al que, al tiempo de ser desembarcados,
En la ribera misera hacían
Los que ya estaban y los que venían.

»Las proas puestas cerca de la orilla,
Llegaban los esquifes á la tierra,
Donde el que el otro ejército acaudilla,
Los esperaba á punto y son de guerra:
Tal del arco despide larga astilla,
Y tal las aves tímidas destierra
Con presurosos golpes de escopetas;
Resuenan los clarines y trompetas.

»La ciudad, aunque bien fortificada
Como quien desde el año precedente
Esperaba la furia acelerada
De los turcos que ya tiene presente,
No dejaba de andar alborotada,
Porque no hay pecho de hombre tan valiente,
Que viendo al enemigo estar delante,
No demude el color con el semblante.

»Estaba allí el famoso Bragadino
Por general clarísimo y solene,
Varón de semejante cargo digno,
En cuanto ve el amante de Climene
Y Astorbollón, sujeto peregrino,
Su colega y teniente; el uno viene
De generosa sangre perusina,
El otro de Venecia es prenda dina.

»No trato en especial de otros guerreros,
Por no afargarme, ¡oh príncipe preclaro!
Solo digo que había de hombres fieros
Dentro de Famagusta gran reparo,
Y entre ellos Leyyas, fuertes caballeros,
Que antiguamente allí, por caso raro,
De allá de España fueron trasplantados,
Provincia engendradora de engañados.

»Mientras las breves horas les ofrecen
Tiempo de prevenir el que se espera,
Los unos mandan, otros obedecen,
Haciendo lo que hecho estar pudiera;
Y cuando los peligros aparecen,
Trabaja cada cual de otra manera
Que cuando desde lejos dan señales,
Por mas ciertos que sean y mortales.

»Los turcos se alojaron como diestros,
Y supieron plantar su artillería,
Donde los que mas della eran maestros
Vieron que mas efecto se haría;
Los agujeros hallaron no sinestros;
Victoria su Alcorán les prometía;
Tocan arma sangrienta y de pesares,
Disparando cañones á millares.

»Responde la ciudad de la otra parte,
Crece de aquella y desta la contienda;
Solicito y sañudo andaba Marte,
Incitando rigor á toda rienda;
Aviva los ingenios, fuerza y arte
El presente conflicto, y abre senda
Necesidad, que enseña cada día
Lo que sin ella nunca se sabría.

»Los graves daños, que de la esperanza
Suelen quitar las alas con violencia,
No causaban un punto de pujanza
En la famagustana resistencia;
Notan del otomano la mudanza,
Y conócenla ya por experiencia,
No para rehusalla ni temella,
Sino para mejor mostrarse en ella.

»Y tanto, defendiéndose, ofendían,
Que en un estado igual se conservaban,
Y parece que aquellos que morían
Sus almas en los vivos trasladaban;
Cuanto mayores males padecían,
Mas invencibles todos se mostraban,
Sosteniendo el trabajo de sus vidas
Solo para vendellas bien vendidas.

»Una gran confusión, un miedo helado
Tienta y ocupa los mahometanos,
Tanto, que del negocio comenzado
Quisiera cada cual alzar las manos;
Si miran de las cosas el estado,
Recelan el poder de los cristianos,
Y mas, que del socorro se temían,
Que breve, cierto y grande ser creían.

»Mas, si escudriñan su presente daño,
A pertinaz porfia les incita,
Como el taurín que pierde, y con su engaño
El juego y su desgracia solicita;
Olvida el saludable desengaño,
Y tanto del desden se precipita,
Que, como si estuviese ya furioso,
Al perder llama bueno y provechoso.

»Así crece un furor, una ira nueva,
En los que ven peligro en la tardanza;
Quiéren hacer de sí notable prueba,
Y cambian el recelo en confianza;
Un belicoso ardor á dar los lleva
En los muros con ánimo y pujanza,
Y algunos, que á escalallos se atrevían,
Honrados y sin vida decían.

»Qué celadas, qué engaños y qué espías;
Qué minas, qué asechanzas fabricaban!
Qué arduos cantelosos, qué porfías,
Por conseguir el fin que deseaban!
Las noches igualando con los días,
Nunca los cipriotas descansaban:
Tal era el maquinarse de adversario
Y el uso de las armas ordinario.

»Ningún medio quedaba no intentado
Por los turcos, á quien se resistía;
Mas, lo que tanto habían deseado
Difícil y lejós se ofrecía;
En esto Mustafá hizo un legado
Con letras de su mano, en que ofrecía
Partido con palabras amorosas,
Mas falsas, en efecto, y engañosas.

»El consejo de guerra junto luego,
A un intérprete árabe mandaba
Que del caudillo turco abriese el pliego,
Y expusiese el secreto que encerraba;
La intención que movió al bárbaro ciego
Fue engañar la ciudad insigne y brava,
A quien con aparente cortesía
El tenor de la carta así decía:

«Ilustres caballeros, cuyo esfuerzo
»Heróico se ha mostrado y peregrino,
»Tanto, que mis disimios propios tuerzo,
»Por daros de salud algún camino;
»De veros esforzados yo me esfuerzo,
»Y la razón me obliga de condino,
»A pedirlos que os deis á buen partido,
»Puesto que á mi debiera ser pedido.

»El ánimo invencible que mostrastes,
»Y aquel valor que ya se os va gastando,
»No porque en mi perjuicio lo probastes,
»Dejaré de illo siempre celebrando;
»Mil veces ya de enojos me cercastes;
»Mas, con todo, os seré piadoso y blando,
»Por ser la virtud clara tan amable,
»Que aun en los enemigos es loable.

»Ya sé de cierta ciencia qué habeis hecho,
»Lo que sin duda alguna os libertara
»Si el socorro, que dista largo trecho,
»En sazón tan extrema se acercara;
»No os queda vitualla ni pertrecho,
»Del muro la ruina está ya clara;
»Dejad pues la ciudad sin mas contiendas,
»Y salvad las familias y haciendas.

»Muévaoos temor del fin áspero y triste,
»Dejad las mal seguras presunciones,
»Pues que la valentía no consiste
»En temerarios medios y ocasiones;
»Cuanto de vuestra parte se resiste,
»Sirve de impertinentes dilaciones;
»Agora que podeis, escoged suerte,
»Que no os va en ello mas que vida ó muerte.»

»Así acabó, y quedando interrumpido
El reposo, comienza á levantarse
Un confuso rumor ensordecido,
Que fué difícil cosa de acabarse;
Siendo el silencio pues introducido,
No se acuerda ni trata de votarse;
Mas todos de común consentimiento
Respondieron al turco fraudulento:

«Queremos peleando quedar muertos,
»Primero que aceptar partido odioso,
»Cuanto mas que no es tiempo de conciertos
»Ni estamos en estado peligroso;
»Antes nuestro esperar nos hace ciertos,
»En Dios omnipotente y piadoso,
»De hacer tales cosas en su nombre,
»Que permanezcan dignas de renombre.»

»De aquí se comenzó á trabar la guerra
Con bravos y terribles accidentes;
Ya los turcos decían: «Cierra, cierra,
»Con voces y alaridos insolentes;
»Espárese volando por la tierra,
»Sin mas dificultar inconvenientes,
»Porque el mayor que ya debe temerse
»Es el que en la tardanza puede verse.

»Quince veces bañó en el occidente
Su dorada melena el claro Febo,
Sin que dejase aquella furia ardiente
De dar á estos y aquellos mortal cebo;
Con voz osada y término elocuente
En el Senado entró un gentil mancebo;
Oyen todos atentos y quietos,
Y así comienza y dice sus concetos:

«Bien me consta que hay muchos aquí dentro
»Varones de tan inclito gobierno,
»Que penetran el mas profundo centro
»Con juicios dignos de loor eterno;
»A cuyo parecer no iré al encuentro,
»Mas no callaré el mio, aunque moderno;
»Y habiendo dicho lo que se me ofrece,
»Haré aquello que mejor parecee.

»El áspero tormento y la fatiga,
»La hambre intolerable que tenemos,
»No hay para qué, señores, yo lo diga,
»Pues que, por nuestro mal, bien lo sabemos;
»La vida, que nos es tan enemiga,
»¿Por qué la disputamos ni queremos?
»¿Por ventura, señores, nuestros males
»No veis que son mayores que mortales?

»Los parientes y amigos que nos faltan
»Eran alivio á nuestra desventura,
»Los heridos también nos sobresaltan,
»Y no es en nuestra mano dallas cura;
»Los turcos cada día nos asaltan,
»Estrechando esta cárcel triste y dura;
»¿Oh triste soledad, oh pena fiera!
»¿Quién hay que tantas muertes pasar quiera?

»Aquel claro senado á quien servimos
»De nos sé que tendrá especial cuidado,
»Y que ponderará lo que sentimos,
»Movido con pasión de nuestro estado;
»Mas ¿qué nos aprovecha, si vivimos
»En lugar tan remoto y apartado
»Que no será posible hallar medio
»Para darnos socorro ni remedio?

»La armada de la Liga poderosa,
»Como quien tantas dependencias tiene,
»Tendrá de dilación causa forzosa,
»Cosa que á Famagusta no conviene;
»Y cuando expedición maravillosa
»Haya en la condición que la detiene,
»El turco, que potente en mar se halla,
»A dalle se pondrá naval batalla.

»Por tanto, me parece conveniente
»A vuestra fama ilustrar, que salgamos
»Antes que con el mal que está presente
»El vigor y los ánimos perdamos;
»La muerte no se excusa humanamente;
»Viva nuestro blason aunque muramos;
»Hallenos en el campo peleando,
»Y no por los rincones vacilando;

»Cuanto mas, donde cesa la esperanza
»De concierto que estable ó bueno sea.
»Sabeis la desventura y mala andanza
»De Nicosia; nadie á turcos crea.
»Si en el ajeno mal, quien seso alcanza
»Espejo halla en que su bien provea,
»¿Por qué á nosotros los agravios nuestros
»No nos haran arteros y maestros?—

»Apenas hizo pausa el mozo altivo,
»Cuando así respondió otro caballero:
»—No penseis, ¡oh señores! que restribo
»En pensar que mi ingenio no es grosero;
»Contino seguiré vuestro motivo,
»Como el mas acertado y verdadero,
»Al vuestro sujetando mi albedrío,
»Si primero escuchais el voto mio.

»El ir á pelear varonilmente
»Fuera, cierto, el mejor de los consejos;
»Mas tengo por terrible inconveniente
»Las mujeres, los niños y los viejos,
»Que habrán de padecer forzosamente
»Martirios, que aun oíllos desde lejos
»Cause espanto, y nos hagan cargo dello,
»Como á quien mas tocó mirar en ello.

»Conviene que en los casos de importancia
»Con mas que pié de plomo se proceda,
»Y que si faltan fuerzas y sustancia,
»La maña aprovecharnos algo pueda;
»Ya el premio merecemos de constancia,
»Tratemos de remedio, si nos queda,
»Porque, si á morir luego nos salimos,
»Al inclito Senado ¿en qué servimos?

»¿En qué ofendemos la nación tirana
»Destos verdugos fieros y malditos,
»Que por pecados de la grey cristiana
»Permite Dios que sean infinitos,
»A la salud, mas vale, veneciana,
»Algunos escapar destos conflictos,
»Que no que en ellos todos nos perdamos,
»Aunque mejor, muriendo, nos vendamos.

»Las reliquias de gente que tenemos
»En tan largas refriegas apurada,
»Consiste en equidad que las guardemos
»Para otra coyuntura señalada,
»Y la ciudad que agora entregáremos
»Por nos será después recuperada;
»Así que, en salir vivos deste estrecho
»Serémos al Senado honra y provecho.

»Mustafá sabe vuestra valentía
»Por tan costosa muestra de experiencia,
»Que entre esperanza y duda todavía
»Difiere días há la competencia;
»Partido honesto nos concedería,
»No por misericordia ni clemencia,
»Ni porque ignora la fatiga nuestra,
»Mas para su salud guerra la vuestra.

»Y en cuanto mantenernos el concierto,
»Sin duda á lo hacer será forzado
»Por dejar á la excusa el paso abierto
»De la inconstancia y el rigor pasado;
»No hay en el mundo corazón tan yerto
»Ni rústico, que, en honra colocado,
»No anhele en forma cierta ó aparente
»Al blanco de la fama prefulgente.—

»Poco tardaron en determinarse
»Cuál de los pareceres seguirían,
»Porque otra vez no saben si á juntarse
»Los negocios espacio les darian;
»Y al segundo viniendo á conformarse,
»Al turco embajador sobre ello envían,
»Que ofrezca, pida, acepte aquel partido
»Que dél les fué otras veces ofrecido.

»De pacífica seña asegurado,
Partió el famagustano con su ofrenda,
Y donde Mustafá estaba alojado
Llega, pidiendo por su misma tienda;
Dice que la instrucción que se le ha dado
No es para que de alguno otro se entienda;
Guiáronle do estaba el turco fiero,
El cual le dijo así, grave y severo:

«— Venis, griegos, acaso á tratar medios
Cuando veis vuestro fin inevitable,
Después que tan prolijos intermedios
Me obligan á que sea inexorable?
A tiempo os ofrecí vuestros remedios;
Mas la soberbia vuestra abominable,
Dando de ingratitud molesto indicio,
No quiso recibir el beneficio.

»Agora que la vida ya os desama
Queréis que nos mostremos compasivos,
Y cuando la victoria que nos llama
Nos ha puesto los pies en los estribos;
La sangre de los muertos alto clama,
Clama el trabajo inmenso de los vivos,
Y por venganza de su grave ofensa,
Piden equivalente recompensa.—

»Responde el mensajero: — Yo te pido
Licencia de volverme por do vine:
El fin de mi demanda has entendido,
Y yo el de tu respuesta, que es insine.
Antes de preguntar voy respondido;
No hay para qué con ruegos mas te indine;
Tu intención está firme en ofendernos;
Estará la nuestra en defendernos.

»Mas solo quiero aquí certificarte
Que no está tan sin fuerza Famagusta,
Que puedas señor della imaginarle
Ni tener mi embajada por injusta;
Sangre, sudor y afán ha de costarte
Si la piensas ganar por guerra justa,
Y muchos que el tomalla facilitan,
Sus muertes por ventura solicitan.—

»El turco, disfrazando el odio fiero,
Con circunloquio blando y cauteloso,
— No busco, dijo, nombre de severo,
Pudiéndole ganar de piadoso;
A cumplir el partido me prohero,
En fe del gran señor y poderoso
Cuya corona engrandecer pretendo,
Así con perdonar como venciendo.

»Volved, por tanto, á dar traza al viaje,
Poniendo fin á los cuidados graves,
Pedid albricias de tan buen mensaje,
Abrid las puertas y entregad las llaves;
Saldreis salvos y libres sin ultraje,
Y daros hemos bastimento y naves
Para que endereceis vuestro camino
Al reino que ya fué del justo Mino.—

»La nueva á todos convidó á partirse,
Quitándose las armas tan pesadas,
Que á duras penas pueden desasirse
De las carnes y ropas destrozadas;
Los hombres procuraban prevenirse
Del dinero y alhajas mas preciadas;
Las mujeres, con ser mas codiciosas,
Llevan hijos y olvidan otras cosas.

»Bien como las solícitas hormigas
Se cargan en las parvas y graneros
Del fruto sustancial de las espigas
Para encerrarlo en sus invernaderos;
Mas las escuadras torpes enemigas,
La paz violando, hay graves desafueros;
Comienzan el despojo á sangre y muerte
Contra los de aquel pueblo en vano fuerte;

»Los cuales, como viesen la aspereza
Que en hombres y mujeres se mostrase,
No habiendo por qué en unos tal vileza,
Ni en otras tal maldad se ejecutase,
La ya medio usurpada fortaleza
Hicieron que de nuevo se cerrase,
Y armaronse los mas á toda furia,
No pudiendo sufrir tamaña injuria.

»Como al doliente misero acontece
Cuando del mal del santo está herido,
Cortarse el brazo, con el cual parece
Será el mayor peligro socorrido;
Cuando el fuego mortal no se guarece,
Porque ya en las entrañas se ha metido,
Los huesos y medulas contaminan,
Y con la muerte al corazón camina;

»Así cualquier remedio era excusado
En la final desdicha que sembrada
Estaba en aquel pueblo por el hado,
El engañoso pacto y mano armada:
Vierades un orgullo acelerado
Con sangre de ambas partes derramada,
Do no hubo brazo que cobarde fuese
Ni pié que en el peligro atrás volviese.

»Los heridos y enfermos que yacían
En lechos tristes, casi ya enterrados,
El perdido vigor restituían
A los débiles miembros lastimados,
Y con el belicoso son que oían
En pié se levantaban denodados,
Como sucederá en día postrero
Cuando venga á juzgar Dios verdadero.

»Mas la cautela infame y perniciosa,
Y el tropel de las armas insufrible
Iban rindiendo la ciudad famosa
Que mostró de firmeza lo posible;
Remate de la vida trabajosa,
O sujeción mortífera y terrible
A todos señaló el preciso hado,
Por mas que, en fin, lo hubiesen contrastado.

»Divulga pues, oh fama condolidada,
Esta maldad, refiérela contino,
Y celebra el valor que en muerte y vida
Mostró el guerrero y mártir Bragadino;
Abomina la infamia escarnecida
De Mustafá cruel, de oprobrio dino,
Para que el bien y el mal ejemplo sean
En cuanto las estrellas señorean.

»Cuando se comenzó el conflicto horrendo
En la ciudad de turcos confiada,
Bragadino, el suceso no temiendo,
Ni del mal Mustafá la fe doblada,
Había ante él venido, obedeciendo
A una recuesta suya y embajada,
Por la cual con instancia le decía
Que por su gran valor verlo quería.

»Y así, aguardado de la mejor gente,
Estaba ante el tirano cauteloso,
Que mal guardarse puede el inocente
Del engaño que encubre el alevoso;
En esto el fiero bárbaro insolente
Mandó que todo el bando generoso
Fuese puesto en prisión; ¡oh hecho esquivo,
Mas digno de culpar que vengativo!

»Los templos santos con sangrienta mano
Fueron de su ornamento despojados,
Y las joyas del culto soberano
Premio eran ya de bárbaros osados;
No perdonando sacro ni profano
Los ministros crueles obstinados,
Rompen las puertas de cualquier sagrario,
Con desprecio sacrilego y nefario.

»No contento con esto el torpe gusto
De aquel pecho infernal, monstruo nocivo,
Después que á Astorbollon da fin injusto,
Desollar manda á Bragadino vivo;
Si mueve á compasión un dolor justo,
Y si es aborrecible un pecho esquivo,
¿Qué corazón habrá de diamante,
Que en tamaña ocasión no se quebrante?

»Fue la cruel sentencia que, ligado
Por los pies, y en el aire suspendido,
Fuese con mano dura despojado
Del velo que á los cuerpos da vestido,
¡Oh gran Bartolomé, que colocado
Estás donde se halla el bien cumplido,
Haz que colateral allá te sea
Quien muere por quien tú, y ea tu librea!

»El verdugo bestial, fiero, inclemente,
En las atroces manos ya traía
El áspero cuchillo, y al paciente
Con ásperos tormentos deshacía;
Roncos gemidos de la voz doliente
Crecen con la terrible anatomía;
La roja sangre ablanda el duro suelo,
Las querellas lastiman aire y cielo.

«— ¿Qué gloria, le decía, turco fiero,
Adquieres en mi muerte trabajosa?
Yo moriré cristiano y caballero,
Tú siempre vivirás vida afrentosa;
Yo no hice en la mía desafuero
Digno de aquesta pena escandalosa;
Tú en dármele te haces tan culpado,
Que á infamia eterna quedas condenado.

»Por esta dura especie de tormento
Será tu nombre á todos enemigo
En siglos por venir, y el sentimiento
Los hará ser partícipes conmigo;
Tú fe perjura, tú perverso intento,
Del cielo justo llevarás castigo;
Serás aborrecido de ti mismo,
Tu fama dará espanto al hondo abismo.

»Suelen los que se nombran caballeros
De la excelsa virtud ser tan amigos,
Que en medio de los impetus guerreros
La aprueban en sus mismos enemigos;
Tú solo contra ley, pactos y fueros,
De tu inhumanidad haces testigos,
Y partes, ofendidos cielo y tierra,
La honra, la virtud, la paz y guerra.—

»La llaga universal iba creciendo,
Y los vitales términos menguando,
El que sin culpa estaba padeciendo
Ofrece á Dios el alma agonizando;
La cual, de libertad la puerta viendo,
Y el natural divorcio celebrando,
Voló de allí á gozar por justa suerte
La vida que sucede á buena muerte.

»Tal fué del reino cipriote el miserable
Remate, y este fué el trato doblado
Contra la vida del varón loable,
Y todo el pueblo misero engañado.
Por tanto, ¡oh claro príncipe admirable,
Bien del cristiano gremio lastimado!
Derriba con tu espada vengadora
La proterva cerviz que nos acora.»

CANTO XXII.

Sabido por Ali-Bajá que su Alteza se le acerca, determina en consejo salirle al encuentro y darle la batalla; llegan las armadas una á vista de otra, y el viento que traía favorable la del enemigo, milagrosamente se le vuelve por proa. Hácese reseña general del uno y otro bando.

Castigo sienta ya de mi osadía,
Grave desconfianza me ha cercado
De ver que va creciendo todavía
El sujeto capaz de que he tratado;
Habiendo hasta aquí la industria mía
Su caudal y matices agotado,
De suerte que se halla en esta feria
Pobre de estilo y rica de materia.

Queriendo cierto artifice excelente
Pintar de la discordia las tres diosas,
A Juno y Pálas trascordadamente
Extremo y proporción dió de hermosas;
Y visto que el decoro no consiente
Negarse á Venus partes mas preciosas,
Por no atreverse á tanto su concepto,
Suplió con artificio aquel defecto.

Y fué que, imperfección no descubriendo
Sin perder la señal de su pintura,
Vuelta la dibujo, lo cual haciendo,
No hizo ofensa á tanta hermosura;
Yo pues, que otros discursos proponiendo,
Cuanto en mi fué, ilustré ya mi escritura,
¿Cómo podré conforme al que se ofrece
Cantar, cuando la voz me desfallece?

Rehusa mi talento la carrera,
Fáltame el frásis propio y necesario
Para cantar la hid sangrienta y fiera,
Y suceso en el mundo extraordinario;
Mas, pues que mi deseo persevera,
Auxilio es menester mas que ordinario;
A Dios pido favor, á Dios invoco,
Que no requiere menos lo que toco.

Alce el eterno sol de fe y justicia
La niebla oscura de mi entendimiento;
Míreme su clemencia, sea propicia
La Virgen sacrosanta, y déme aliento
Porque pueda yo al mundo dar noticia
Del gran conflicto y bravo vencimiento
En estilo tan puro y corregido,
Que refrene las aguas del olvido.

Perseveraba el tiempo borrascoso,
Y el mar, batido recio del levante,
Entretenía el bando religioso
Sin llevar su propósito adelante;
Tres veces el camino trabajoso
Tentado fué, y tres veces la pujante
Fuerza del agua y vientos volvió al puerto
La armada, no sin priesa y desconcierto.

Entre tanto el Bajá, que cierto entiendo
El fijo parecer de los cristianos,
A prevenir su gente y fuerza atiendo
Para venir con ellos á las manos;
Junta el consejo, por el cual pretendo
Decidir los acuerdos mas bien sanos,
Porque en él se hallaban aquel día
Las mejores cabezas de Turquía.

Propuesto de las cosas el estado
Por aquel general sabio y prudente,
De quien se dice haber sido dotado
De mas virtud que cabe en turca gente;
Caracosa, aunque el sexto fuese en grado,
Para poder hablar primeramente
Al caudillo mayor, pidió licencia,
Y así soltó la voz en tal sentencia:

«Ali-Bajá, guerrero preferido,
Y vos, ¡oh capitanes valerosos!
A quien el gran Selim ha cometido
Por justas causas cargos tan honrosos,
Haber la armada yo reconocido
De los que así nos buscan orgullosos,
Y el deseo que tengo de servirlos,
Me fuerzan á hablar y persuadirlos.

»Presente os debe estar en la memoria
Cómo estos ya otra vez se colegaron,
Y teniendo en las manos la victoria,
Por no aceptar batalla discordaron;
Dejando de su liga torpe historia,
En la Préviza, en fin, se retiraron,
Porque unos de otros poco se fiaban,
Aunque superiores se hallaban.

»Agora que en poder les excedemos,
Lo mismo han de hacer por escaparse,
No solo con la fuerza de los remos,
Mas alas, si pudiesen inventarse;
Conviene pues que el paso les cerremos,
Y el último remedio de librarse,
Como suele con lazo trasmallado
Ser en las aguas hondas el pescado.

»Yo fui á traerlos desto clara cuenta,
Y vi que los bajeles colegados
A lo mas largo son ciento cincuenta,
Y esos infamemente pertrechados;
Desconfiada viene y descontenta
La parte general de los soldados,
Porque una gruesa escuadra de navios
Debí de dar en rocas ó en bajíos.»

Respondió Luchali, bravo cosario,
Renegado y de astutas propiedades:
«No creais que ese número sumario
Contiene tres tan grandes potestades,
Ni quien viene á buscar tal adversario
Haciendo rostro á viento y tempestades,
Dejará de traer tanta potencia,
Que ponga la victoria en contingencia.